

Romper el espiral

Benjamin García
Espacio Público



La acusación constitucional (AC) contra el ex Ministro de Hacienda Nicolás Grau es parte de un proceso de degradación de este mecanismo constitucional. Si en los seis primeros gobiernos desde el retorno a la democracia (hasta Bachelet 2) el promedio era de cuatro AC por periodo presidencial, en los dos últimos gobiernos la cuenta asciende a nueve sólo incluyendo las presentadas en contra de ministros/as y el expresidente (excluyendo las dirigidas contra jueces u otras autoridades).

La inflación de las AC viene acompañada de un deterioro en el respeto de los aspectos jurídicos en su tramitación, especialmente en la aplicación de las causales que les dan fundamento. En el caso actual, una diferencia legítima en los presupuestos utilizados para la proyección de la deuda pública es interpretada por los acusadores como un acto inconstitucional e ilegal.

Así, la AC contra Grau politiza —en el peor sentido de la palabra— nuestra insti-

tucionalidad económica, y debilita uno de los principales activos del país. De esta forma, un mecanismo ideado como de última instancia se convierte en una simple jugada política utilizada con fines de corto plazo, pero con costos permanentes para nuestras instituciones.

La pregunta es cómo detener el espiral acusatorio y evitar sumar un tercer periodo presidencial plagado de AC sin fundamentos. La respuesta es simple, aunque difícil de llevar a cabo en el clima actual: se necesitan actores políticos decididos a no dejarse arrastrar por las lógicas de los extremos y dispuestos a pagar los costos asociados.

Aunque muchos mantengan pocas esperanzas en que algo así ocurra, el momento actual es propicio para un gesto conciliador. Por una parte, no tenemos elecciones hasta dentro de dos años más, con lo cual es probable que los costos políticos se terminen diluyendo en la frágil memoria de los electores.

Más importante aún, esta es la última

AC que podrá ser promovida por el oficialismo actual en contra de un ministro de la administración anterior. Esto le otorga una oportunidad única al gobierno para quebrarla tendencia y asumir una mirada de Estado que se proyecte por sobre las minucias políticas.

De paso, ello puede mejorar el clima de negociación de las reformas y disminuir el flagelo acusatorio durante los cuatro años que le quedan en el poder. Si bien nada asegura el buen comportamiento de la oposición actual, un gesto en esa línea invertiría la carga moral de las AC y deslegitimaría su uso indiscriminado.

Salir de la lógica de la polarización nunca es fácil. Pero el gobierno y, en particular el Partido Republicano, tienen la oportunidad de dejar atrás su histórico rol opositor y asumir de una vez su posición oficialista. De ello dependen la estabilidad institucional y el desarrollo económico durante los próximos años.

“Aunque muchos mantengan pocas esperanzas en que algo así ocurra, el momento actual es propicio para un gesto conciliador”.

¿Vidas que no valen la pena?

Nicole Gardella

Directora de Incidencia Pública y Cátedras Esc. de Gobierno UAI



De entre los países de la OCDE, Chile es el peor para ser niño. No en mortalidad, no en pobreza, sino en bienestar subjetivo, en si los niños sienten que su vida tiene sentido. Así lo establece el último informe de Unicef, que compara el bienestar infantil en 36 países ricos. Chile ocupa el lugar 36 de 36 en satisfacción vital.

En una escala de cero a diez, en 2018, el 74% de nuestros adolescentes evaluaba su vida entre cinco y diez. En 2022, las respuestas en ese tramo habían caído a 62%. No son niños en situación de extrema vulnerabilidad: son adolescentes escolarizados, con techo, representativos de la población general, pero descontentos.

La satisfacción vital incluye la calidad del vínculo con la familia y amigos, la experiencia de acoso, la seguridad del barrio y los colegios, y si los niños sienten que tienen recursos propios y comunitarios para enfrentar la vida. Es una medición sobre si ellos sienten que importan y si

pertenecen a algo.

Uno de los indicadores que el informe asocia con mayor satisfacción vital es la frecuencia con que los adolescentes hablan con sus padres. En Chile, un 60% declara conversar con ellos al menos una o dos veces por semana, bajo el promedio de 76,5% para los países analizados. Quienes reportan mayor satisfacción con la vida, en cambio, hablan con sus padres casi todos los días. Los vínculos importan. Y en Chile parecen ser más débiles que en otros países.

Según Unicef hay muchas explicaciones posibles para entender este indicador: redes sociales, pandemia, cambios medioambientales, incertidumbre económica. Pero ninguna basta por sí sola. Todas eluden la pregunta central: ¿qué condiciones permiten que un niño sienta que su vida vale la pena? Los indicadores que componen la satisfacción vital remiten consistentemente a vínculos, entornos seguros y sentido de pertenencia.

“Uno de los indicadores que el informe asocia con mayor satisfacción vital es la frecuencia con que los adolescentes hablan con sus padres”.

Nada de eso se produce solo. Tampoco depende únicamente de las familias, sino también de condiciones que la sociedad puede fortalecer o debilitar a través de sus instituciones, comunidades y políticas públicas. Chile tiene políticas de infancia, pero carece de una que reconozca el cuidado como su condición básica. El tiempo, la estabilidad y el apoyo para cuidar son condiciones que creamos colectivamente y que contribuyen decisivamente al bienestar.

Hoy, con una tasa de fecundidad de 0,99 hijos por mujer, nunca hubo en Chile tan pocos niños y, los que hay, sienten menos satisfacción que antes. Si sigue la tendencia de natalidad, Chile tendrá cada vez menos niños; si sigue la tendencia de Unicef, esos niños serán cada vez más infelices. La pregunta fundamental, entonces, no es cómo aumentar los nacimientos, sino cómo lograr que a los quince años, ellos sientan que sus vidas sí valen la pena.

Claudia Saavedra
Investigadora UNAB



Ciencia e inmediatez

La ciencia enfrenta una dificultad singular en el debate público:

sus recortes rara vez generan el mismo nivel de preocupación que los de otras áreas. Es comprensible que la seguridad, las listas de espera en salud, el costo de la vida o el empleo concentren la atención de la ciudadanía, porque son problemas inmediatos que afectan directamente la vida cotidiana de las personas.

En comparación con esas urgencias, la ciencia suele parecer un tema lejano, casi invisible, y por ello los recortes o la menor ejecución presupuestaria generan escasa reacción social. No porque la ciencia sea menos importante, sino porque sus beneficios y también sus pérdidas se manifiestan en una escala temporal distinta.

La ciencia tiene un problema de inmediatez. Cuando se reduce el financiamiento científico no se cierran hospitales ni escuelas al día siguiente, ni se observa un impacto evidente en la vida cotidiana. Sin embargo, cuando ello ocurre si se debilita silenciosamente la capacidad del país para generar conocimiento, innovar y formar nuevas generaciones de investigadores. Muchas de las soluciones que hoy damos por sentadas en ámbitos como salud, medio ambiente, minería, agricultura o tecnología existen precisamente porque hubo personas e instituciones que decidieron invertir en investigación décadas antes de que sus beneficios fueran visibles. Por eso, mientras los problemas urgentes dominan legítimamente la agenda pública, la ciencia suele quedar relegada, aun cuando es una de las herramientas fundamentales para resolver muchos de esos mismos desafíos.

El riesgo es que los efectos de los recortes actuales no se verán mañana, sino dentro de cinco o diez años. Se reflejarán en menos investigadores, menos innovación, menor capacidad para responder a nuevas crisis y menos herramientas para impulsar el desarrollo del país.

La paradoja es que la ciencia parece prescindible cuando se toman las decisiones presupuestarias, pero se vuelve indispensable cuando la sociedad necesita respuestas. Un país que sólo puede mirar la urgencia del presente corre el riesgo de debilitar las capacidades que necesita para construir su futuro.